

LA ORATORIA DE MARK TWAIN, EN LA HISTORIA DE LA ELOCUENCIA

XAVIER LABORDA GIL
Universidad de Barcelona

Abstract.- “The oratory of Mark Twain, in the history of eloquence”

The present history of rhetoric is not only composed of theoretical models. There is also included recorded pages referred to speakers provided with fascinating eloquence. The contemporary history of eloquence includes the figure of Mark Twain, that we analyze in the light of Cicero. In his *Autobiography* (1917), Mark Twain devoted some chapters to his important facet as a speaker, with valuable reflections about his oratory. This is the reason why the *Autobiography* becomes a source for the history of eloquence, a history that chronologically, as Cicero, said, goes before rhetoric.

Key words: linguistic historiography, linguistics, rhetoric, narrative structure, hermeneutics.

1. MARK, TWAIN, SEGÚN CICERÓN

La historia de la retórica actual no sólo se compone de modelos teóricos, sino que también consta de páginas referidas a oradores de gran elocuencia. Y es así que la historia de la elocuencia contemporánea incluye la figura de Mark Twain, que analizamos aquí según las ideas de Cicerón. La *Autobiografía* de Twain es la pieza central de nuestro estudio sobre historiografía de la retórica. El orador ideal, como expuso Cicerón en *De Oratore*, es aquella persona dotada de unas cualidades naturales para la comunicación que

desarrolla mediante la práctica expositiva, la escritura y el estudio del arte retórica. Y, en particular, aconseja que use del humor como medio para cautivar la audiencia.

Al proyectar sobre nuestro tiempo ese elogio de la risa y la fórmula del orador ideal, apreciamos en la figura de Mark Twain (1835-1910) una feliz conformidad. Twain fue un orador tenaz y brillante, además de un gran viajero y un novelista memorable, que coincide con Cicerón en la afición a la palestra y el gusto por el humor, al que atribuía un papel retórico de primer orden.

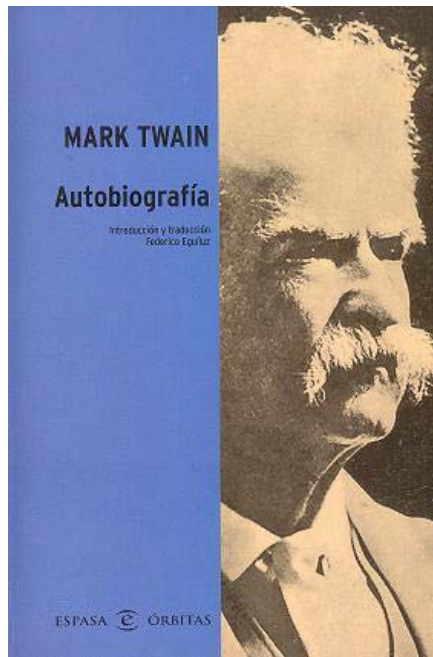


Figura 1.- Mark TWAIN (1917): *Autobiografía*. Introducción y traducción de Federico Eguilloz, Espasa, 2003.

Twain escribió su *Autobiografía* (1917), una obra publicada póstumamente en la que, a modo de alegato personal, narró su vida con apasionamiento y humorismo. Algunos capítulos de esta obra describen y analizan su faceta de conferenciante, un actividad que le hizo célebre, rico, cosmopolita y maestro en retórica. La capacidad reflexiva de Twain sobre su propia oratoria convierten la *Autobiografía* en una fuente muy útil para elaborar un capítulo de la historia de la elocuencia y de la retórica. Si como afirma Cicerón, “la elocuencia no ha nacido de la técnica retórica, sino la retórica de la elocuencia”, es propio considerar que la historia de la elocuencia antecede en el tiempo a la historia de la retórica.

2. CICERÓN Y LA RETÓRICA DEL ORADOR IDEAL

La tradición retórica se compone de etapas bien delimitadas. La sofística, con Gorgias o Protágoras, fundó un ámbito social para las prácticas discursivas sobre lo justo, lo bello y lo útil. Después Aristóteles estableció con la *Retórica* un modelo coherente, que se asienta en la argumentación entimémica, los géneros y las causas persuasivas. La retórica latina, por su parte, tuvo en Cicerón un autor que desarrolló con brillantez un fresco de las cualidades del orador, mientras que con Quintiliano produjo una síntesis erudita de la ciencia de la elocuencia.

La trilogía de Cicerón, *Sobre el orador* (55 aC.), *Bruto* y *El orador* (46 aC.), expone las cualidades del buen orador. La obra más extensa y teórica es *Sobre el orador*, que completa con una historia de la elocuencia romana en *Bruto* y un estudio sobre los estilos en *El orador*. Cicerón considera que el orador ideal ha de destacar en tres vertientes, que son: a) las cualidades innatas, b) conocimiento de la técnica retórica y una amplia cultura y c) la práctica como medio para alcanzar la maestría. Esta tripartición de las cualidades del orador aparece en *Sobre el orador* (*De Oratore*) con los términos de *natura*, *ars* y *exercitatio*, esto es, dotes naturales, conocimiento de la técnica retórica y un adiestramiento perseverante. (I 113-133). De éstas, Cicerón destaca por encima de todas la primera de ellas. Bajo su criterio, la naturaleza se traduce en una personalidad ingeniosa dotada de buena voz, apariencia agradable y soltura de palabra.

Es mi opinión que la naturaleza y el talento, en primer lugar son los que aportan más posibilidades a la oratoria; [...] pues debe haber cierta rapidez de reflejos en el espíritu y en el ingenio, mostrándose así agudos para la imaginación, ricos para la expansión y el ornato y firmes y duraderos para la memoria. Y si alguien piensa que esto se puede adquirir mediante técnica (lo cual es falso, [...] pues todo ello son dones de la naturaleza), ¿qué decir de lo que sin duda nace con el hombre mismo, la soltura de la lengua, el timbre de voz, los pulmones, el vigor físico y un cierto sello personal que afecta a nuestra expresión y a nuestro porte? (I 113-4)

El fragmento establece la concepción ciceroniana de que el orador no se hace sino que ya nace dotado y que los preceptos retóricos, a lo sumo, le ayudan a nacer y a mejorar como tal orador con el ejercicio de su aplicación. Esos preceptos se refieren a los conocimientos de las tres causas o géneros discursivos –forense, deliberativo y epidíctico– y sus recursos argumentativos (I 134-145). Sobre el papel de la práctica, Cicerón insiste también en su necesidad y en la importancia de dedicar la mayor parte

del esfuerzo a la escritura, pues, si la improvisación aporta fluidez, la redacción consigue regularidad en la expresión y perspicacia en las ideas.

Una pluma es la mejor y más excelente hacedora y maestra de oradores, y con razón. Pues si una recapitulación y reflexión supera sin dificultad un discurso improvisado, una continua y cuidadosa práctica superará incluso a éstas. (I 150)



Figura 2.- El periodista Twain y la sala de redacción en San Francisco, a los treinta años, en una actividad de ejercicio de la pluma que tanto recomendaba Cicerón.

En el orden de valores de Cicerón, primero está el don innato, luego la capacidad de trabajo reflexivo y finalmente la teoría retórica, que corrige vicios e incrementa las virtudes. Por lo tanto, la elocuencia es la capacidad natural que precede en el tiempo a la reflexión de la ciencia. Este énfasis en el *éthos* o personalidad carismática del rétor, como leemos en *De Oratore*, le lleva luego a considerar otras facetas de su elocuencia y, en especial, los tópicos y el humor.¹ Los tópicos o *loci* son plantillas o argumentarios que guían la exposición dialéctica. Y el humor o *ridiculum*, a la que dedica un extenso capítulo (I 217-290), aparece como un medio persuasivo muy influyente que, mediante

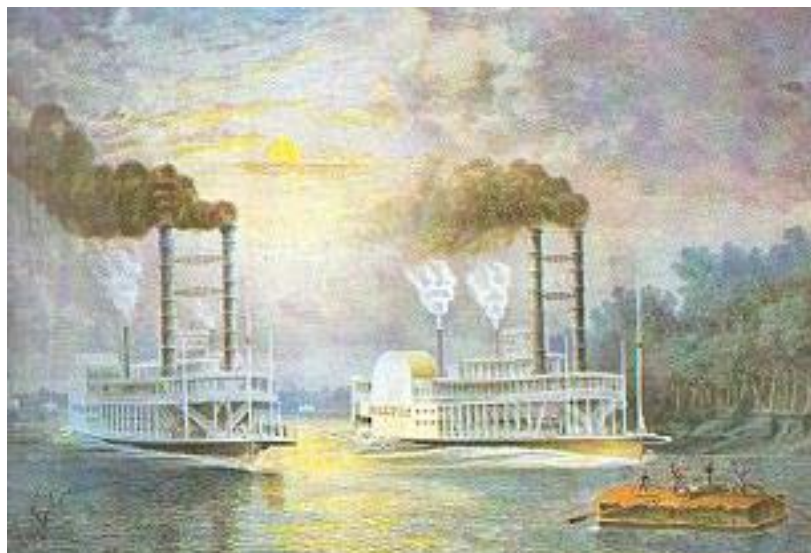
¹ Bajo el influjo de Cicerón, el humor aparece en la preceptiva retórica con un papel destacado en Quintiliano (*De institutione oratoria*, VI, “De risu”) y en Ignacio Luzán, quien trató de ella en su *Arte de hablar, o sea, Retórica de las conversaciones* (cap. XVIII, “De los sentimientos ridículos y de las gracias y agudezas jocosas”) y en la *La Poética*, de 1737, (I.xx, “Del estilo jocosos”). Véase Béjar (1991:14).

agudezas y efectos emotivos en el auditorio, engrandece la imagen del orador.² Distingue Cicerón entre el humor de la situación (*res*) y el de las palabras (*verba*). Y, según la intención del mensaje, establece dos modos de humor o *ridiculum*, el mordaz o de ataque (*dicacitas*) y el satírico que busca la exhibición de ingenio (*festivitas*).

La originalidad de Cicerón al tratar del humor y la risa se atribuye, según la tradición, a una personalidad extravertida y jocosa.³ Es congruente este capítulo de *De Oratore* con los rasgos que Cicerón tiene del orador ideal, coincidentes con los de su propia persona, no en vano fue un reputado orador en las tareas judiciales y políticas, un excelente escritor de tratados de retórica y filosofía, y un humorista ingenioso.

3. TWAIN, ORADOR PROFESIONAL

Mark Twain (1835-1910) es el nombre artístico del escritor estadounidense Samuel Langhorne Clemens, autor de *Las aventuras de Huckleberry Finn* y de otros personajes infantiles como Tom Sawyer, que exploran los límites de la libertad en el Misisipí de una América anterior a la guerra civil. Además de excelente escritor, fue



² El humor, como indica A Cros (2003:130-140) es un recurso retórico de aproximación que, cuando utiliza la auto ironía, fomenta la complicitad entre los interlocutores y su identificación inclusiva.

³ El hecho de que sus adversarios le tildaran de bufón –como le sucedió también a Twain– revela esa vertiente excéntrica y teatral de su carácter. “Es sabido, tanto por Quintiliano como Plutarco y Macrobio, la afición, muchas veces incontinente, de Cicerón por los chistes y dichos ingeniosos, de suerte que sus enemigos le llamaban ‘bufón que había alcanzado el consulado’, *scurra consularis*” (Iso 2002:44-5).

Figura 3.- El Misisipí, junto al que vivió de niño.

periodista indolente, ufano piloto fluvial, desastroso empresario, agudo humorista y brillante orador de tertulias y auditorios. Persuadido de que la mejor biografía es una autobiografía convenientemente aderezada, dictó una obra voluminosa, que se publicó en 1917. Su *Autobiografía* tiene el encanto de su fino humor y la habilidad de una retórica convincente. El biógrafo oficial que compiló las páginas, Albert B. Paine, se asombraba de las particulares interpretaciones que hacía Twain cuando exponía hechos contemporáneos, que trataba con libre fantasía. Twain era una criatura retórica que seguía el guión de su propio personaje, escritor consagrado, viajero vocacional y fascinante orador.

Es interesante que Twain (1917, cap. XXXII, XXXIII, LV-LVII) reflexionara sobre sus experiencias en el arte de la oratoria. Esa actividad fue una ocupación muy lucrativa que desarrolló a largo de toda su vida, en Estados Unidos y en giras mundiales por Oceanía, India, África del Sur y Europa. He aquí el balance de sus fulgurantes inicios.

Mis inicios como conferenciante tuvieron lugar en 1866 en California y en Nevada. En 1867 di una conferencia en Nueva York, y luego, unas cuantas en el Valle del Misisipí. En 1868 realicé todo el circuito del Oeste; y en las dos o tres temporadas siguientes añadí el circuito del Este a mi ruta. (1917:XXXII, p. 214)



Figura 4.- Twain, de pie, entre los oradores
Petroleum Nasby y Josh Billings, en 1869.

Cuando se vio en la ruina por la fallida empresa de un prototipo de linotipia, en 1895, tuvo que hacer una gira de conferencias en Europa para rehacerse económicamente.⁴ Era un orador con carisma, que añadía a su extroversión y su agudeza humorística una notable sagacidad sobre las prácticas oratorias. Era paradójico en su argumentación, irreverente en su crítica de las convenciones y teatral en su actuación. Durante buena parte de su vida, y a pesar de los notables éxitos literarios, Twain fue considerado “una especie de bufón” por el estilo y contenido de su oratoria (Kaplan 1974:115). En París impartió, por ejemplo, una conferencia sobre la ciencia del onanismo. Tenía un don para la sátira mordaz y el histrionismo oratorio. De Francia escribió que es “un país sin invierno, ni verano, ni moral, una nación cuyos habitantes de sucias mentes especializadas en la ciencia y el adulterio constituyen el eslabón perdido entre el hombre y el mono” (en Kaplan 1974:117). O criticaba la costumbre europea de ofender al paladar con unos filetes “más quemados que un mártir”. Las muestras de humor mordaz o *dicacitas* –siguiendo a Cicerón– pueden acompañarse de otras de exhibición de ingenio o *festivitas*. Así, Twain advertía contra la virtud de este modo: “sé bueno y te quedarás solo”. Y añadía una máxima vital: “Esforcémonos por vivir de manera que, cuando muramos, hasta el enterrador lo sienta”. Al parecer Twain aplicó la máxima con provecho, pues llegó a ser considerado el “Lincoln de la literatura” norteamericana y fue aclamado en vida como una figura de fama mundial.

Su *Autobiografía* fue una obra voluntariamente póstuma. En ella proclama que hablaba “desde la tumba”, es decir, que narraba los hechos de su vida con la libertad de quien ya no estaba en el mundo (XLIX, 318). Presentó dos aspectos de su persona, la del hombre, Samuel L. Clemens, y la del personaje público, Twain, dueño de una escritura fascinante por la dilatada experiencia vital. En la *Autobiografía* vuelca reflexiones provechosas sobre su evolución personal, literaria y oratoria, que se produce en unos tiempos de cambios históricos considerables. En esta obra destacan dos rasgos. Por una parte, la unidad de su enfoque humorístico y, por la otra, una pretensión de sinceridad que, en realidad, se adapta a los hábitos retóricos de un hábil seductor de su audiencia.

⁴ Twain comenta con sorna su viaje de conferenciante, que hizo con su esposa y su hija Clara: “Comenzamos el 15 de julio de 1895 nuestra gira de conferencias alrededor del mundo. Conferenciamos y robamos y depredamos durante trece meses.” Y de ese viaje surgió el libro *Siguiendo el Ecuador* (1897).

Los dos rasgos honran la figura del orador profesional que, aun declarándose libre de convencionalismos, escribe para consolidar el mito de su personaje.

4. APUNTES DE ORATORIA EN LA *AUTOBIOGRAFÍA*

Los oradores contratados en el circuito de Liceos, como fue el caso de Twain, realizaban unas ciento diez sesiones por temporada, en ciudades del norte del país y de Canadá. Cuando Twain entró en esta actividad pública, el humorismo era una rareza en un ambiente respetable; pero su propuesta, aceptada a prueba, fue un éxito que abrió campo para otros humoristas. Al margen del género, Twain distingue entre dos tipos de conferenciantes según los resultados que obtienen: los “llena-salas” y los “vacía-salas” (XXXII, 215). Literatos, exploradores y científicos con talento para la oratoria eran los llena-salas y, entre ellos, el propio Twain. El comentario que hace de una “vacía-salas”, Kate Field, perfila el retrato negativo del orador. Field se había hecho famosa por sus crónicas de la gira de Dickens por teatros americanos, donde ofrecía lecturas dramatizadas de sus obras. La novedad de usar el telégrafo para enviar sus escritos la convirtió en una celebridad, aunque, como se comprobaría, fugaz.

Poco a poco llegó al estrado; pero habían pasado ya dos o tres años, y el tema – Dickens – había perdido su frescura e interés. Durante algún tiempo la gente fue a verla, *a ella*, porque les sonaba su nombre. Pero su conferencia era pobre en cuanto a contenido y su desarrollo repelentemente artificial. Por consiguiente, cuando el deseo de verla por parte del país se fue apaciguando, el estrado la abandonó. (XXXII, 216)

Twain señala aquí los aspectos de interés del orador: a) carisma, es decir, tener el atractivo de una figura o celebridad; b) actualidad del tema; c) habilidad oratoria, con un contenido y un tenor interesantes. Las virtudes que Field tuvo se desvanecieron luego y “murió en las islas Sandwich, llorada por sus amigos y olvidada por el mundo”, sentencia Twain. Volviendo a la vida de éste, un viaje como corresponsal, precisamente a las islas Sandwich, fue el desencadenante de su carrera de orador. Estando en Honolulu, llegaron los supervivientes de un naufragio de un barco de pasajeros. El relato que compuso de la peripecia creó expectación en la prensa californiana y ello le animó, de vuelta a San Francisco, a dar su primera conferencia. La actualidad del tema y cierta notoriedad como periodista fueron su capital retórico. La práctica había de depararle la maestría de que carecía, como por ejemplo el dominio de los nervios en su primer día de acción.

Anuncié una conferencia sobre las islas Sandwich, con el comentario: “Entrada un dólar; las puertas se abren a las siete y media; el problema empieza a las ocho”. Una auténtica profecía. El problema empezó de verdad a las ocho, cuando me di cuenta de que me encontraba frente al único público al que me había enfrentado en toda mi vida, porque el pánico que me invadió desde la cabeza hasta los pies fue paralizante. Duró como dos minutos y resultó más amargo que la muerte. Su recuerdo es indestructible, pero tuvo sus compensaciones, porque me hizo inmune a la timidez ante todos los públicos venideros. (XXVIII, 193-4)

Al recordar el modelo ciceroniano de orador ideal, hallamos en Twain una conformidad sobresaliente. Sus cualidades naturales eran una imaginación despierta, una cordial sociabilidad y una locuacidad apasionada. Su deseo de práctica era claro. Y la capacidad retórica ya apareció en su segunda conferencia, con un recurso osado, el de la repetición de una historia anodina como motivo humorístico. Según su esquema, la repetición debía causar la hilaridad, y con ésta había de conseguir un ambiente propicio.

La repetición es una fuerza poderosa en el imperio del humor. Si se utiliza con frecuencia, casi cualquier fórmula expresada de manera precisa, sin alteración y repetida con la misma precisión, producirá implacablemente la risa si se hace con la debida seriedad y con los precisos intervalos, es decir, como cinco o seis veces. Me propuse probar la exactitud de esto, hace cuarenta años en San Francisco, con ocasión de mi segundo intento de dar una conferencia. La primera había sido todo un éxito y quedé muy satisfecho. Entonces preparé otra, pero me preocupaba porque en los primeros quince minutos no había nada de humor. Y sentía la necesidad de meter algo antes para que se rompiera el hielo del público con una carcajada y me colocara en una situación agradable y amistosa desde los inicios. (XXVIII, 194)

El objetivo del recurso de la repetición fue la captación de la benevolencia. No obstante, el orador pasó apuros hasta conseguir que el público se apercibiera de que su aparente ineptitud era una estrategia para divertirles. En el auditorio se congregaba un aforo respetable de mil quinientas personas. Y Twain representó el papel de incompetente con acierto al contar un insípido y viejo relato.

Lo conté con una voz normal, de forma monótona y sin matices, sin dar el más mínimo énfasis a ninguna palabra y alcanzó el norme éxito de resultar aburrido y estúpido hasta el límite de lo insospechado. En ese momento me detuve unos segundos y me mostré complacidísimo conmigo mismo como si esperase un estallido de risas. Por

supuesto que no hubo ni la más mínima sonrisa ni nada que se le pareciera. Había un silencio sepulcral. [...]

Traté de parecer confundido y lo hice muy bien. Durante un rato no dije nada, pero me puse a mover torpemente las manos en una especie de llamada muda a la compasión del público. Muchos se compadecieron, lo podía ver. Pero también podía ver que el resto estaba ya sediento de sangre. Entonces empecé a entrar de nuevo en mi anécdota. (XXVIII, 195)

Tres veces necesitó explicar la anécdota hasta conseguir su efecto de desvelar ante los espectadores la burla. La risa fue tan general, larga y atronadora “como una buena tempestad”. A pesar de la tensión que supuso la prueba, Twain declara que estaba dispuesto a repetir la historia durante toda la noche hasta hacer comprender al auditorio que su exposición era un “delicado ejemplo de fina sátira”. Un orador de tal temple actoral e intuición retórica era y fue un “llena-salas”.

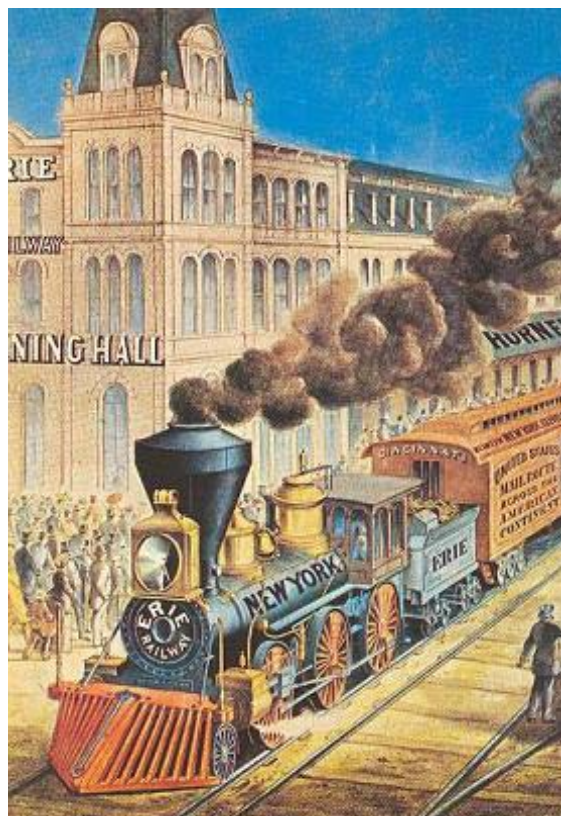


Figura 5.- Vista de Nueva York, bajo el signo de la industrialización.

Twain se convirtió en un humorista consumado. Las referencias a los recursos humorísticos de arranque, para crear un ambiente propicio, son un detalle de los trabajos de preparación y ensayo que comportaba crear un pieza oratoria de éxito. Como Twain

participaba en largas giras estatales, debía elaborar cada año una conferencia nueva. Antes de la contratación, los oradores hacían una prueba de su discurso en un teatro de Boston, ante dos mil quinientos espectadores. La reacción del público valía como veredicto para fijar los honorarios de cada orador en el mercado de conferencias. Pero antes de presentarse en Boston, Twain y sus colegas hacían ensayos en pueblos durante un mes, para así introducir las correcciones necesarias en el texto y la actuación. Llama la atención que esta vertiente de la práctica incluya todo aquellos aspectos de escritura, memorización y representación que recomendaba Cicerón. Para ilustración del lector, Twain describe el modo de operar de la tribu de oradores, a la que con tanto orgullo pertenecía en aquellos años de rodaje inicial.

Nos repartíamos por los pueblos para que nos hicieran ver lo bueno y lo malo de nuestras conferencias. El público de campo es un público difícil; un párrafo que apruebe con un simple murmullo puede representar un tumulto en la ciudad. Un éxito en el campo significa un triunfo en la ciudad. Y así, cuando llegábamos a entrar en el gran escenario del Music Hall de Boston, ya teníamos el veredicto en nuestro bolsillo. (XXXII, 220)

Este procedimiento de ensayos con público, tan común en otros ámbitos artísticos, como el teatro o la música, expresa dos rasgos de la oratoria profesional. Son la importancia de la preparación de las piezas oratorias, en consideración a un trabajo que comporta una gran responsabilidad. Y, por otra parte, la consideración de obras artísticas, que lucen con el ingenio de una buena concepción y una apropiada representación. La era de la industrialización había llegado para la oratoria epidíctica.

Además de los elementos mecánicos y la ejercitación constante, Twain contaba con una gran capacidad como polemista, que desarrolló de modo original y crítico. Podía denostar el colonialismo como forma de esclavitud, elogiar la mortalidad como alivio para los humanos o escarnecer la política gubernamental por mercenaria, con el atractivo del humorista y la sagacidad del moralista. Alguna de sus obras exhiben ese interés por las ideas, sea disueltas en narración –*Un yanqui en la corte del rey Arturo*– o protagonistas de obras de tesis –*Cartas desde la Tierra*–.

En la *Autobiografía* hallamos el comentario de un discurso relevante. Twain se muestra muy satisfecho de un breve discurso que pronunció en un homenaje del ejército a su general, el antiguo presidente Ulysses Grant, en 1879. Diversos oradores hicieron sus brindis en honor al personaje y a Twain le correspondió la peligrosa distinción de

cerrar la ronda. Y aplicó su ingenio y desparpajo a un elogio de los bebés, en los que apreciaba el origen de héroes como el general Grant. Con una habilidad admirable captó la atención de la ruidosa concurrencia y se ganó la carcajada del homenajeado. Su discurso fue una analogía entre el héroe militar y el ridículo bebé del cual surgió, cuyo primera proeza había sido acertar a “meterse el dedo gordo del pie en la boca” cincuenta años antes. Para concluir, con tono épico imaginó cómo sería el país dentro de cinco décadas, con líderes que estaban en ese momento en la cuna. Y, refiriéndose a Grant, pronunció su última y comprometida frase: “Y si el niño no es más que el padre del hombre, hay muy pocos que dudarán que él tuvo éxito” (XLVIII, 313). Es decir, que tuvo éxito Grant cuando era bebé en su empeño de comerse el dedo gordo del pie. La diversión del general y el entusiasmo de los congregados fueron un estallido de júbilo. En todo ello tuvo su mérito el artificio de la paradoja (el niño como padre del hombre) y del oxímoron de que la gloria de Grant estaba inscrita en su posible habilidad en la cuna. La ridiculez de la imagen fue una osadía que valió como el mejor de los elogios de la noche.



Figura 6.- El general Ulysses Grant

5. PERSONALIDAD DEL ORADOR CON TALENTO

Al igual que Cicerón, Twain cifraba el éxito del orador en sus dotes naturales, como es el caso de la voz vigorosa y modulada o la lectura expresiva. En concreto, elogia aquellos oradores que hacen gala de una potencia grande, porque llega a todo el auditorio y porque comunica un dinamismo estimulante. Al respecto, Twain se mofa de la voz de los poetas o, lo que es lo mismo, de su decadente puesta en escena, pues asegura que nunca ha escuchado declamar a un poeta cuya voz llegue más allá de la mitad del patio de butacas. Y añade el sarcasmo de que tampoco conoce a ningún poeta que sepa leer bien. Su reproche a este tipo de literatos es precisamente retórico.



Figura 7.- Twain y el orador George Cable, en 1884.

Si en la obra de Cicerón, *Bruto*, se sigue la historia de la elocuencia romana, en la *Autobiografía* de Twain se hallan páginas de la historia de la elocuencia norteamericana. El repaso que hace de figuras de su época –Petroleum Nasby, George Cable– aporta comentarios jocosos y perspicaces sobre las técnicas y virtudes de estos oradores. Pero más interesante es aún su explicación del declive y olvido de estas figuras y, como contrapunto, la vigencia de la suya propia a lo largo de cuatro décadas. La galería de autores y oradores que despliega es “un cementerio”, pues de los setenta y ocho humoristas norteamericanos que ha tenido como compañía, tan conocidos en su momento, quizá ninguno de ellos fuera ya reconocible por los jóvenes de la época. Su explicación del implacable olvido de esos viejos oradores es desconcertante. El buen

orador, como declara en el siguiente pasaje, además de humorista, ha de ser sobre todo un moralista.

¿Por qué se han desvanecido? Porque no eran más que meros humoristas. Los humoristas del tipo “mero” no pueden sobrevivir. El humor es sólo una fragancia, una ornamentación. [...] Hay quienes dicen que una novela tiene que ser una obra de arte solamente y que uno no debería predicar en ella, no debería enseñar. Puede que eso sea verdad con respecto a las novelas, pero no es cierto si consideras el humor. El humor no debe enseñar abiertamente y no debe predicar de forma declarada, pero sí hacer ambas cosas si quiere vivir siempre. Con siempre quiero decir treinta años. (LX, 346)

Twain añade que él siempre ha predicado. En esta actividad de moralista cifra su vigencia, en detrimento del humor. No obstante, se forjó esta interpretación al final de su vida, una etapa en la que se intensificó su visión escéptica y pesimista de la condición humana. Podemos retener, sin embargo, el vivaz retrato que hizo su hija Susy de su personalidad, inquieta y jocosa en una época anterior. Siendo niña, Susy escribió en su diario que su padre era una persona locuaz e incansable, que paseaba por la casa mientras cavilaba, fuera entre horas o entre plato y plato durante las comidas.

A él no le gusta ir a la iglesia para nada; nunca he entendido el porqué, hasta ahora mismo. Nos dijo el otro día que no podía soportar oír hablar a nadie más que a sí mismo, pero que podía estar escuchándose a sí mismo hablar durante horas sin cansarse. Por supuesto que dijo que esto es broma, pero no tengo duda de que estaba basado en la verdad. (XLI, 271)



Figura 8.- Las hijas de Twain, Clara, Jean, Susy y el perro Hash, en 1884.

El carácter dominante y competitivo le convertía también en un brillante orador de sobremesa, en tertulias y homenajes, una cualidad que desarrolló con profusión en ambientes de todo tipo.⁵ A su formación periodística se atribuía su peculiar estilo, mezcla de humor y una exposición desordenada y apasionada de noticias sorprendentes y reflexiones paradójicas. De la actuación bufonesca, en sus inicios como conferenciante, pasó a un registro más compensado, en el que alternaba seriedad y humor, datos y sátira, según la disposición de la audiencia. Su dominio sobre ella se basaba en la chispeante imaginación, los efectos verbales que imprimía a la elocución y su condición de consumado actor. Con la continuada práctica había desarrollado todos los matices naturales de la elocuencia. Los carteles que anunciaban sus conferencias le presentaban como “el mejor humorista de América” y los diarios le saludaban con la calificación del “más extraordinario caricato del carácter humano de América y Europa”. Del dominio que tenía del estrado habla una manifestación suya llena de suficiencia e ironía. “Tomé la resolución de que jamás volvería a robar al público desde el escenario a menos que me condujera a ello alguna compulsión pecuniaria”, escribe en la *Autobiografía* (XLVI, 301). Ello sucedía en 1884, después de una gira dura y próspera, pero “al cabo de once años se presentaron las compulsiones pecuniarias y di conferencias por todo el globo.

⁵ Una sátira de la oratoria de sobremesa aparece en *...Siguiendo el Ecuador* (1897:176-8), libro de viajes se gestó en su gira mundial de conferencias de 1895.

Una experiencia que le influyó en su actividad oratoria fue la personalidad de Charles Dickens, al que escuchó en 1867 en el Steinway Hall de Nueva York. Esa fue la última conferencia en Norteamérica del ídolo literario, en un gira clamorosa de lecturas de su obra. A pesar de la fama de Dickens, la opinión de Twain fue desfavorable, según su crónica en un diario californiano. Consideró que su declamación fue “un trabajo brillante pero frío, realizado sin corazón”, sin un sentimiento que conectara con la audiencia y salvara la distancia de la admiración reverencial. Twain se mostró como un crítico exigente porque aspiraba también a ser una celebridad como Dickens y que, por añadidura, tenía una idea de los medios expresivos para lograrlo. Y en efecto, con su obra literaria Twain se convirtió en el representante de la creación norteamericana. Y con su cálida oratoria llevó por el globo un género nuevo en los auditorios, que combinaba humor, periodismo, entretenimiento, literatura y cultura popular.

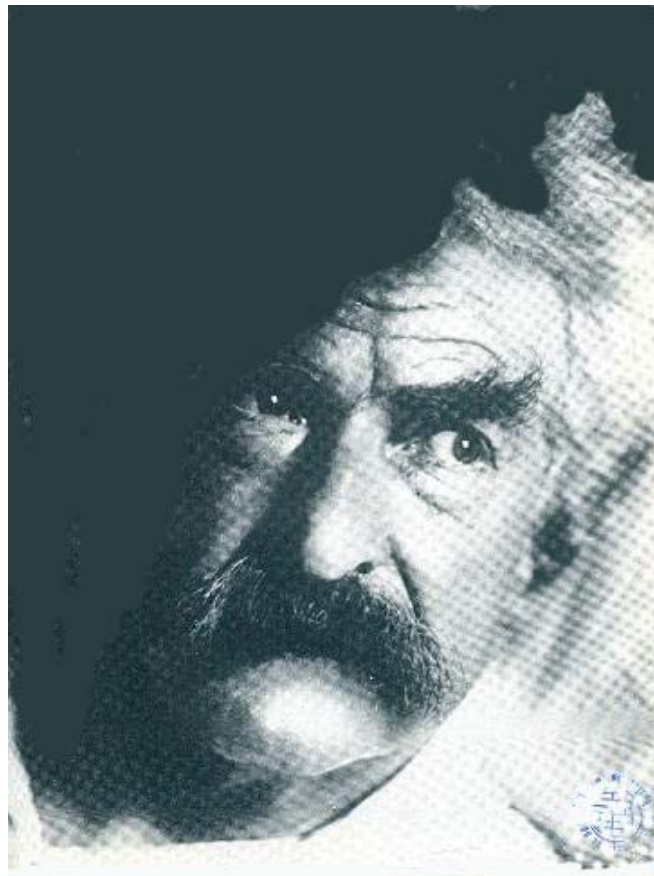


Figura 9.- Twain, a los setenta años.

La caracterización que Cicerón hacía del orador ideal, aquel provisto de dotes naturales e ingenio *–natura–*, técnica retórica *–ars–* y adiestramiento *–exercitatio–*, se plasma a la perfección en la personalidad y la vida de Twain. En este brillante orador se

puede comprobar la tesis ciceroniana de que “la elocuencia no ha nacido de la técnica retórica, sino la retórica de la elocuencia” (I 145). El orador precede a la sistematización de la retórica. Y en su *Autobiografía* Twain elabora no tanto una sistematización como un valioso cuaderno de reflexiones sobre la elocuencia y el humor. Así operó Cicerón en *Sobre el orador*, más interesado en hablar del orador que de la oratoria. Y, como hizo Cicerón en *Sobre el orador* y *Bruto*, Twain compone un fresco sobre la historia de la oratoria norteamericana de su tiempo. Su talento como escritor es fundamental para su éxito como orador. Como preconizaba Cicerón, la pieza oratoria ha de pasar antes por la prueba de la escritura. Se trata de una escritura pensada para ser declamada, pues “esto es lo que en los buenos oradores logra clamores y vítores, y nadie lo conseguirá si no escribe mucho y por mucho tiempo, por más que se ejercite del modo más apasionado en improvisaciones oratorias”, afirma Cicerón. Y añade:

Y quien de la de la práctica de escribir llega a la oratoria, trae consigo la facultad de que aquello que dice, aun cuando lo improvise, se parece a lo escrito. E incluso en el momento de hablar se trajese algo previamente escrito, cuando aparte de ello, el resto del discurso seguirá parecido. Y del mismo modo que cuando los remeros descansan tras haber impulsado la nave, la nave conserva su movimiento y curso, aun interrumpido el ímpetu y empuje de los remos, así en el discurso, cuando se acaba lo que se ha preparado con la pluma, el resto, impulsado por la fuerza de lo escrito y por su semejanza, mantiene con todo un tenor igual. (I 152-3)

Una comparación del orador con el remero habría complacido a Twain, tan ufano como se sentía de su vida en el Misisipí pilotando barcos de vapor. Cambió esa tarea por otra tan aventurera y ambiciosa como fue la de dirigir audiencias con una osadía retórica singular. Como transmiten las páginas de la *Autobiografía*, pronunció sus sugestivos discursos por los estrados del globo, pero sin dejar de añorar el espíritu de libertad que vivió en el gran río de su juventud, donde forjó su talante e ingenio para la comunicación oratoria. Retomando la idea del origen de los héroes que expresó en el elogio a Grant, si el joven piloto que fue Twain –de ahí su nombre artístico– es el padre del aclamado orador, no hay duda de que fue un magnífico piloto, que navegó con el impulso de la libertad, la emoción y la sonrisa.

BIBLIOGRAFÍA

- BARBA, David (2004): “*Stand up comedy: levántate y ...haz reír*”, *Culturas. La Vanguardia*, 29/12/2004, pp. 18-9.
- BÉJAR, Manuel (1991): “Introducción” a Ignacio Luzán, *Arte de hablar*, Madrid, Gredos, pp. 9-54.
- BEUCHOT, Mauricio (1998): *La retórica como pragmática y hermenéutica*, Rubí (Barcelona), Anthropos.
- BURKE, Kenneth (1950): *A Rhetoric of Motives*, Nueva York, Prentice Hall.
- CICERÓN (55 aC.), *Sobre el orador*, ed. por José J. Iso; Madrid, Gredos, 2002. *De l’orador*, ed. en latín y catalán por Salvador Galmés, Barcelona, Fundació Bernat Metge, 1929.
- CICERÓN (46 aC): *Bruto*, Madrid, Alianza, 2000.
- CICERÓN (46 aC): *El orador*, Madrid, Alianza, 1991.
- COX, James M. (2002): *The fate of humor*, Columbia, University of Missouri.
- CROS, Anna (2003): *Convencer en classe. Argumentación y discurso docente*. Barcelona, Ariel.
- CUADERNOS DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL, “Monográfico Mark Twain”, 55 (XI-1993) 7-59.
- FISH, Stanley (1989): *Práctica sin teoría: retórica en la vida institucional*, Barcelona, Destino, 1992.
- GALLARDO PAÚLS, Beatriz (2001): “Teoría de la persuasión”. *Fonaments de la comunicació*, ed. por Ángel LÓPEZ Y Manuel PRUÑONOSA, València, Universitat de València; pp. 267-290.
- ISO, José Javier (2002): “Introducción”, en Cicerón, *Sobre el orador*; Madrid, Gredos, pp. 7-78.
- KAPLAN, Justin (1966): *Mister Clemens and Mark Twain*, Londres, Pelican, 1970.
- KAPLAN, Justin (1974): *Mark Twain y su mundo*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984.
- LABORDA GIL, Xavier (1993): “Mark Twain: la vida como literatura”, *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, 55 (XI-1993) 28-31.

LABORDA GIL, Xavier (1996): *Retórica interpersonal. Discursos de presentación, dominio y afecto*, Barcelona, Octaedro.

LABORDA GIL, Xavier (2002): “Historiografía Lingüística: Veinte principios del programa hermenéutico”, *Revista de Investigación lingüística, RIL.*, Nº 1, Vol. V, 2002, p. 179-207, Universidad de Murcia.

LUZÁN, Ignacio (*circa* 1736): *Arte de hablar, o sea, Retórica de las conversaciones*; ed. por Manuel Béjar; Madrid, Gredos, 1991.

TWAIN, Mark (1897): *Viaje alrededor del mundo, siguiendo el Ecuador*, Barcelona, Laertes, 1992.

TWAIN, Mark (1917): *Autobiografía*, ed. por Federico Eguilloz; Madrid, Espasa, 2003.